

LOS CONTEMPORÁNEOS

JOSÉ GOROSTIZA



Voz del autor

VOZ VIVA
DE MÉXICO

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

JOSÉ GOROSTIZA

VV-6 / UNAM
VOZ VIVA



LADO A

MUERTE SIN FIN

LADO B

MUERTE SIN FIN (CONT.)

Presentación

ALÍ CHUMACERO

La voz de la sabiduría, en la forma que la inteligencia le depara, ha sido uno de los atributos que la tradición bíblica asigna a Jehová, el Dios creador. Arma diligente que acompaña en su mandato a los príncipes y sobrepasa toda riqueza terrenal, la sabiduría nació antes de la creación del universo y su cordura dirigió la mano divina. A ella se debe el reinado del bien sobre la faz de la tierra y sus “delicias son con los hijos de los hombres”. Quien la acata y la hace norma de su conducta “hallará la vida y alcanzará el favor de Jehová”. Pero “el que peca contra mí –se lee en los Proverbios salomónicos– defrauda su alma: todos los que me aborrecen aman la muerte”. Mas la sabiduría, tomada en el sentido bíblico, ha dejado de ser emanación divina y, a partir de la emancipación de la conciencia, el hombre intenta –en infructuoso ademán– apropiarse ese atributo no como proveniente de algún espíritu incorpóreo sino como el fruto más logrado de su soberbia. “Todo hombre –dice Kempis– naturalmente desea saber. Mas ¿de qué aprovecha la ciencia sin el temor de Dios? Ciertamente el rústico humilde que sirve a Dios es muy superior al soberbio filósofo que, olvidándose de sí mismo, contempla el curso de los astros.” Por su ansia de saber, la creatura humana ha negado el primer principio de la sabiduría que es el temor de Dios. En su soberbia, se reconoce a sí misma como centro de la creación y aun se atreve a levantar la voz, que cree de sabiduría, y reconocer también el complicado curso de los astros.

Tales son los supuestos y el impulso inicial con que fue concebida “Muerte sin fin”. Efímero Lucifer, el poeta testimonia el resplandor de un mundo alimentado por su propia combustión, reflejado en una conciencia que se despeña hacia la ceniza. En estos versos deslumbra el panorama de una incansable muerte que recorre el ser bajo silenciosos mantos temporales y deja en el espíritu el amargo sabor de la desilusión. De esta conciencia –de la propia conciencia solitaria– arranca José Gorostiza, para después albergarse, irremisiblemente, en el reconocimiento de la llama destructora.

*Lleno de mí, sitiado en mi epidermis
por un Dios inasible que me ahoga...*

dice al iniciar su poema. Desde ahí el poeta empieza a describir el inmutable círculo que todo lo consume, y va del agua –transfiguración inasible de lo temporal– al vaso –conciencia que le da forma provisional–, y del vaso asciende a los objetos de la creación, hasta rebotar al término de las enumeraciones contra Dios mismo, que se muestra bañado en lágrimas:

*como si herido –¡ay, Él también!– por un cabello,
por el ojo en almendra de esa muerte
que emana de su boca,
hubiese al fin ahogado su palabra sangrienta.*

Progresivamente, la conciencia del fracaso se apodera del poema. Desde que Gorostiza se descubre sitiado en su propio cuerpo hasta el momento en que sospecha el trabajo de la muerte en Dios, el fracaso se dibuja como una constancia

que da la nota sostenida. De ese descarnado drama –el desplome de la soberbia al comprobar la fragilidad de la inteligencia– se impregnan cada una de las estrofas, a tal grado que el poeta se guarece tras una máscara de hermosas sílabas, sintetizadas en el goce de

*un desplome de ángeles caídos
a la delicia intacta de su peso.*

Más tarde, cuando la conciencia ha tomado forma en el vaso y, por eso, ha descubierto por primera vez la prisión y la esterilidad en *islas de monólogos sin eco*, sólo una pasiva contemplación habrá de defendernos de la muerte. Pero ser testigo de aquello que transcurre, del cumplimiento de la nada en un mundo material del que formamos parte, será apenas dar un breve descanso al infortunio. Entonces descubrimos que Dios es el espíritu que frustra, ahora sí para siempre, aquel afán de sabiduría. Él es quien

*piensa el tumor, la úlcera y el chancro
que habrán de festonar la tez pulida;
toma en su mano etérea a la criatura
y la enjuta, la hinchada o la demacra,
como a un copo de cera sudorosa,
y en un ilustre hallazgo de ironía
la estrecha enternecido
con los brazos glaciales de la fiebre.*

La inteligencia, a la postre, anegada en la inutilidad de su sapiencia, ha de quedar reducida a la más absorta soledad en llamas. Porque frente al Dios sabio que ordena mundos,

levanta montañas, forma cielos, hace fluir las fuentes —es decir, frente a la inteligencia creadora y único principio de las cosas—, el hombre *todo lo concibe sin crearlo*. Incapaz de inventar nada, es unpreciado objeto de la destrucción, es otra nada que se cumple en la serie infinita y *reconcentra su silencio blanco/ a la orilla letal de la palabra*.

Este desolado sentimiento —la palabra poética— es personal preocupación de Gorostiza. Lo mismo se refiere a la inutilidad del vaso que *en un llanto de luces se aniquila*, que al perentorio imperio de quien, seguro de sí mismo, cree tener a su alcance la poesía:

*¡Ilusión, nada más, gentil narcótico
que puebla de fantasmas los sentidos!*

Y de idéntica manera evoca la rosa-tiempo que corroe la piel y señala el término de la lozanía, y recuerda también el peligro del tiempo a cuyo infantil parpadeo

*la egregia masa de ademán ilustre
podrá caer de golpe hecha cenizas.*

Ante la adversidad, cuando Gorostiza ha liquidado aun la más íntima esperanza, recurre a la violenta descripción de la naturaleza que, olvidada de toda hermosura, se sujeta a las reglas de una atormentada vorágine donde los seres vuelven a su origen:

*Las estrellas entonces ennegrecen.
Ha vuelto el dardo insomne
a la noche perfecta de su aljaba.*

Ya la audacia del lenguaje, que en un momento fue la probable defensa ante lo inevitable, se ahoga en la garganta,

*y de su gracia original no queda
sino el horror de un pozo desecado
que sostiene su mueca de agonía.*

Ha empezado el desfile hacia atrás, en un tiempo reversible que acelera la desaparición. Rocas, árboles, animales cascadas, todo se repliega ante el avance ininterrumpido de la muerte, que en un instante sacrílego se detiene frente a Dios y aun llega a producirle daño. Así concluye este dramático poema que, en los irónicos versos finales, quiere eludir la perdurable insistencia del fracaso:

*Desde mis ojos insomnes
la muerte me está acechando;
me acecha, sí, me enamora
con su ojo lánguido.
¡Anda, putilla del rubor helado,
anda, vámonos al diablo!*

Ciudad de México, 196

Presentación: **Alí Chumacero**

Voz del autor

Ingeniero de grabación: **Rodolfo Sánchez Alvarado**

Edición y masterización: **David Bojorges, Estudio 19**

Diseño: **Vicente Rojo Cama**

Captura: **Alma Delia Lara**

Cuidado de la edición: **Margarita Heredia Zubieta y**

Diego Mejía Eguiluz

Portada: **José Gorostiza**

Foto cortesía Acervo Histórico, SRE

Lado A

MUERTE SIN FIN

- I. Lleno de mí, sitiado en mi epidermis... 2'36"
- II. ¡Mas qué vaso -también- más providente!... 4'12"
- III. Pero en las zonas ínfimas del ojo... 7'10"
- IV. ¡Oh inteligencia, soledad en llamas... 2'52"
- V. Iza la flor su enseña... 1'38"
- VI. En el rigor del vaso que la aclara... 2'38"
- VII. Pero el vaso en sí mismo no se cumple... 1'41"

Tiempo total: 23'33"

Lado B

MUERTE SIN FIN (cont.)

- VIII. Mas la forma en sí misma no se cumple... 4'43"
- IX. En la red de cristal que la estrangula... 14'16"
- X. ¡Tan-tan! ¿Quién es? Es el diablo... 2'54"

Tiempo total: 22'05"

La primera edición en casete de VV-6 *José Gorostiza* editada por la Universidad Nacional Autónoma de México, se produjo en SONOPRESS, una división de BMG Entertainment México, S.A. de C.V., Av. Cuicahuac 2519, Col. San Salvador Xochimilco, 02870, México, D.F., y se terminó de imprimir en Offset Santiago, S.A. de C.V., Dr. Erizo 182, Col. Doctores, 06720, México, D.F., en agosto de 1999; se tiraron 1 000 ejemplares.

DR © 1999, Universidad Nacional Autónoma de México, Ciudad Universitaria, 04510, México, D.F. Coordinación de Difusión Cultural/ Dirección de Literatura/ Voz Viva